GUERREROS MEDIEVALES

La guerra de los barones (1264-67)

El príncipe Eduardo en Lewes

MWE069



OSPREY
PUBLISHING

LA GUERRA DE LOS BARONES (1264-67)

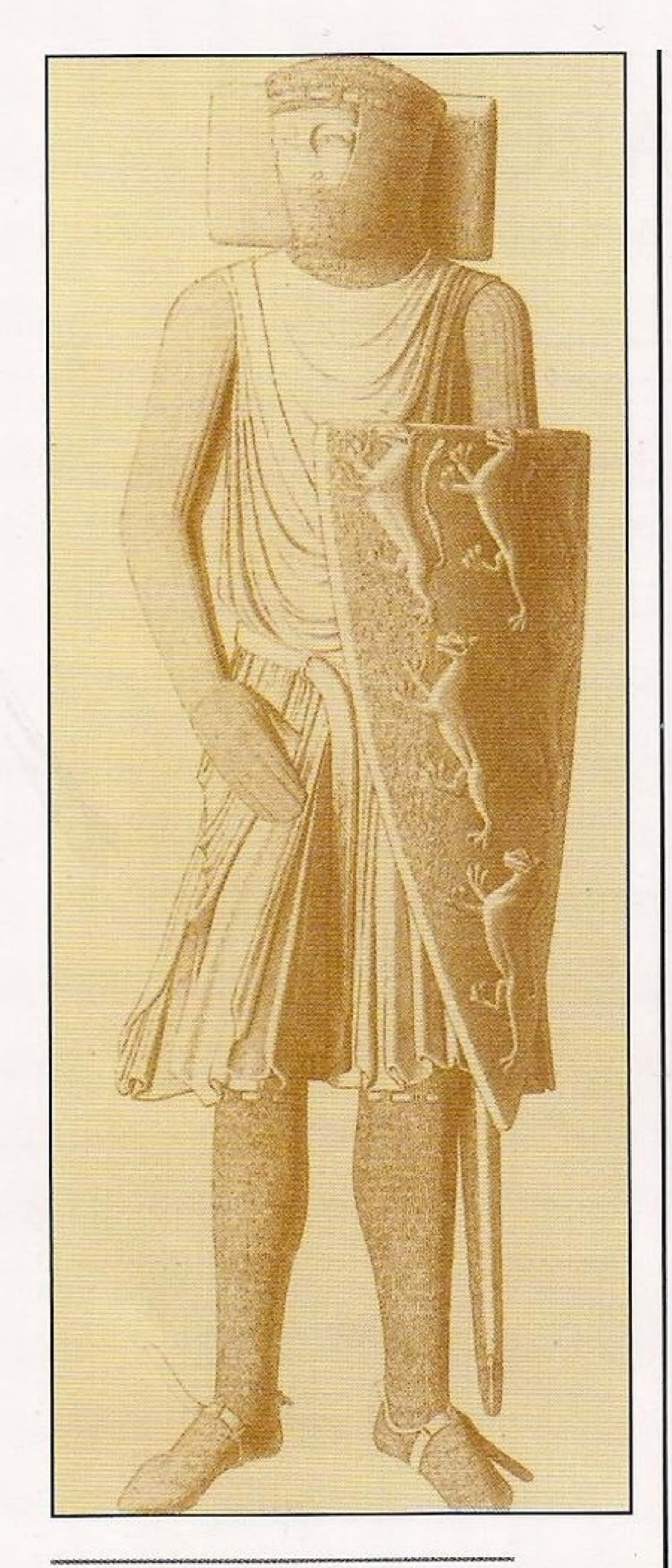
En la Inglaterra del siglo XIII el gobierno dependía de una alianza todavía basada en el vasallaje feudal entre el rey y sus barones. Aunque sus intereses eran esencialmente similares, existían muchos desacuerdos, y cuando las relaciones se deterioraban, el problema se derivaba a menudo de algún fallo o inadecuación del poder real.

Ricardo I fue en gran parte un rey absentista que estableció elevados impuestos para financiar sus expediciones. Éstas eran unas características peligrosas para ejercer la soberanía en el reino, pero el legado de Ricardo de su padre Enrique II, que por sus importantes reformas judiciales es llamado el fundador del derecho consuetudinario inglés, su indiscutida sucesión al imperio angevino, su gran éxito en la guerra, así como sus adecuadas fuentes de recursos y su acertada elección de destacados ministros compensaban con creces estas debilidades.

El hermano y sucesor de Ricardo, Juan, apodado "Sin Tierra", que reinó entre 1199 y 1216, fue menos afortunado. En primer lugar, su derecho a gobernar no fue indiscutido. Diversas partes del imperio angevino preferían gobernantes alternativos. Anjou mismo, con Maine y Tourraine, optaron por Arturo de Bretaña, el sobrino de Juan de sólo doce años de edad. Juan pudo mantener unida la mayor parte



El castillo de Rochester, en Kent, construido h. 1127. La única torre redonda fue sitiada por el rey Juan durante la rebelión de los barones en 1215.



Efigie de un caballero, Guillermo Longespée, en la catedral de Salisbury, h. 1230-40. Va vestido con una armadura de malla de pies a cabeza, y probablemente lleva un gorro acolchado debajo de la cofia para sostener un yelmo de parte superior plana.

A la derecha: el rey Juan fue obligado por los barones a firmar la Carta Magna, pero no tenía ninguna intención de cumplir con sus condiciones. (Beagle)

del imperio, pero a un alto precio. Se sospechó que era el responsable de la oportuna muerte del príncipe Arturo, y tuvo que entregar algunos territorios al rey francés Felipe II, señor feudal de todos sus territorios en Francia. Se enemistó con Hugo de Lusignan casándose con la prometida de Hugo, Isabel de Angoulême, sin ofrecer suficiente compensación, y cuando Hugo apeló a Felipe II, el rey francés declaró que todas las tierras que había dado en feudo a Juan quedaban confiscadas.

Juan, un diplomático mediocre que tendía a pensar lo peor de todo el mundo, fue perdiendo el aprecio de sus súbditos después de la muerte de Arturo y su provocación a los barones de Anjou. En 1203 se vio obligado a retirarse a Inglaterra. Allí las cosas no le fueron mucho mejor. Su paranoia suscitó el antagonismo de los barones ingleses y le culparon de la difícil situación económica, exacerbada por las elevadas imposiciones fiscales de la Corona. También chocó con la iglesia tan gravemente que el Papa Inocencio III le excomulgó y puso a Inglaterra bajo interdicto lo que tuvo como resultado la suspensión de los oficios religiosos durante seis años. Pocas cosas podían hacer que un monarca fuera más vulnerable a la rebelión que la retirada del apoyo de la iglesia.

Finalmente, Juan consiguió revocar el fallo del papa, pero sus esfuerzos por recuperar las tierras perdidas en Francia sólo produjeron fracasos en el extranjero y rebeliones en Inglaterra. No había ningún otro monarca alternativo disponible (un príncipe francés fue propuesto, el cual más tarde invadió Inglaterra, pero nunca pareció ser un sustituto serio). Por lo tanto, en vez de intentar deponer a Juan, los barones ingleses se unieron para obligarle a respetar sus derechos y privilegios y adoptaron una política de reforma. El resultado fue el documento conocido como la Carta Magna, a menudo considerada el fundamento de las libertades civiles inglesas, que fue firmada de mala gana por el rey en una isla del Támesis en 1215.

La firmó sólo para ganar tiempo, y los intentos de poner en práctica la Gran Carta provocaron más tensiones y conflictos, y animaron la invasión francesa, que llegó hasta Londres en 1216. Juan murió poco después dejando a su reino en plena guerra civil.

El rey, el príncipe y los barones

Enrique III, hijo de Juan, sucedió a su padre a la edad de nueve años. Las minorías eran otro punto débil potencial para la monarquía medieval, pero en general el consejo del joven rey gobernó bien. Remedió algunos fallos militares de Juan y expulsó a los invasores franceses, aunque las posesiones inglesas en Francia continuaron disminuyendo después de que Enrique se hiciera cargo del gobierno en 1232, y finalmente sólo quedó el ducado de Gascuña.

Aunque la Carta Magna fue revisada y reeditada, el descontento periódico entre los barones siguió perturbando la paz. Se quejaban principalmente de ser excluidos del gobierno para dejar paso a los favoritos de Enrique, muchos de los cuales, además, eran extranjeros. Las cosas empeoraron con el patrocinio de los Lusignan por parte de Enrique, sus hermanastros, (los hijos de segundas nupcias de su madre), que se convirtieron en un elemento trastornante en una Inglaterra cada vez más calvinista.

Otro motivo de crítica fue el intento de Enrique de asegurar el trono de Sicilia para su segundo hijo, Edmundo. El papa aprobaba la idea (de hecho, fue suya), pero Manfredo, el gobernante de Sicilia, pensaba de otro modo. Enrique estaba tan deseoso de aceptar la oferta del papa que acordó irreflexivamente pagar las considerables





El gran sello del rey Enrique III. (Beagle)



El sello de John de Warennes, conde de Surrey, mostrándole equipado para la batalla. Su caballo tiene un caparazón con el escudo del conde. Apoyó a Enrique III contra los barones, combatió en Lewes y huyó a Francia, perdiendo sus propiedades. Regresó en 1268 para recuperar sus tierras y, en 1282, adquirió otro condado, el de Sussex. En 1297 dirigió el ejército inglés superado en estrategia y derrotado por William Wallace y sus escoceses en Stirling Bridge.

deudas papales contraídas hasta entonces en la campaña contra Manfredo y continuar subvencionando él mismo la conquista de Sicilia.

Aquello fue excesivo para los barones ingleses y en 1258 obligaron al rey a reconocer las Provisiones de Oxford, por las que se comprometió a compartir su autoridad con una asamblea de barones, iniciando una amplia reforma. Esto fue poco menos que revolucionario, y la guerra civil volvió a amenazar. Sin embargo, la guerra no estalló hasta 1264. Para entonces las discrepancias entre el monarca y los barones se centraban únicamente en la cuestión de si el rey tenía derecho a elegir como sus consejeros a extranjeros, ocultando otras muchas controversias. Esto también hizo resaltar el nuevo fenómeno de la identidad nacional inglesa: el "nacionalismo".

El conflicto pudo haber empezado antes si los barones hubieran tenido un dirigente enérgico. Paradójicamente, cuando encontraron uno, era un francés, un hombre que había desembarcado por primera vez en Inglaterra a los 21 años de edad, cuando todavía no hablaba el idioma. Sin embargo, Simón de Montfort (el Joven), vástago de una familia noble francesa, reclamó con éxito, a través de su madre, el condado de Leicester (1230). Se hizo amigo del rey Enrique, que le concedió la mano de su hermana y el castillo de Kenilworth.

De Monfort gobernó Gascuña en nombre de Enrique, exigiendo (y obteniendo) el título de regente (y una asombrosa cuenta de gastos), y demostrando ser un administrador severo, eficiente, a veces inflexible y hasta brutal. Simón era un hombre muy inteligente, amigo de los eruditos y los clérigos, y uno de los pocos barones que reconocía que otras clases sociales, además ellos mismos, tenían una importancia cada vez mayor. Era un dirigente nato y un soldado distinguido (le ofrecieron la regencia de Francia en 1252 pero la rechazó). Otros menos dotados que él le consideraban arrogante, y desde luego se despreocupaba demasiado de los intereses personales de los demás por su propio bien.

Las relaciones de Simón con el rey sufrían constantes altibajos. Se pelearon y se reconciliaron más de una vez, y en los años 1250 Simón se unió a los barones que apoyaban el programa de reforma fijado en las Provisiones de Oxford, convirtiéndose, a su debido tiempo, en su líder.

Al principio Enrique aceptó las Provisiones de Oxford, que hicieron depender al gobierno real del consentimiento de los consejos de barones permanentes y expulsaron a todos los extranjeros. Sin embargo más tarde, después de que el papa le liberara de su juramento, se negó a cumplirlas. Fue entonces cuando Simón decidió que Enrique III no estaba capacitado para ser rey, una opinión que los historiadores han tendido a compartir. Enrique era un padre de familia bueno, sencillo y afable, mucho más interesado en proyectos como la reconstrucción de la abadía de Westminster que en la ley y la política. En realidad la nueva constitución creada era irrealizable, pues dejaba al poder ejecutivo central atado de pies y manos. Además era impopular en el país por lo que el príncipe Eduardo, heredero del trono, apoyó la resistencia a ella. Tampoco los barones estaban de acuerdo y, a pesar de reconocer algunas de las disposiciones sociales menores de las Provisiones de Westminster, que en lo esencial confirmaban las Provisiones de Oxford en 1260, el gobierno "nobiliario" provisional duró menos de tres años.

La guerra de los barones

La guerra civil fue provocada cuando, tras someter la disputa sobre las Provisiones de Oxford al arbitraje del gran rey Luis XIX de Francia, éste decidió a favor de Enrique en un dictamen adoptado en Amiens (enero de 1264). Declaró que aunque el rey debía obedecer



La fortaleza real de Londres era un palacio normando construido en forma de torre con habitaciones para propósitos ceremoniales. Durante siglos, la "Torre blanca" fue la representación del gobierno real.

la Carta Magna, las Provisiones de Oxford llevaban las cosas demasiado lejos y no tenían validez. Posteriormente, el papa liberó a Enrique de su juramento. El rey contrató mercenarios y Simón de Montfort reclutó un pequeño ejército, compuesto principalmente por londinenses y sus partidarios más cercanos, y arrestó a extranjeros conocidos, confiscando sus propiedades.

Muchos barones, al corriente del fallo del rey Luis y el papa y precaviéndose de las ambiciones de Simón, permanecieron neutrales, y el fallo de Luis confirmado por el papa puso a los reformadores en una difícil posición, ya que habían jurado imprudentemente atenerse a la decisión de Luis. No podían aceptar el dictamen de Amiens, ya que eso, decían sin demasiada convicción, habría significado romper el juramento que habían prestado de apoyar las Provisiones de Oxford.

No todos los barones pensaban del mismo modo. Algunos apoyaban al rey y otros se mantenían a distancia. Pero la causa real pareció estar en auge, Enrique salió de la Torre de Londres, a la que había recurrido para mayor seguridad, y la primera acción de guerra fue la toma, por parte de los monárquicos, de un par de ciudades de la región central de Inglaterra ocupadas por los barones rebeldes en abril de 1264.

La batalla de Lewes (14 de mayo de 1264)

Simón y su partidarios de Londres y otras ciudades atrajeron a las fuerzas reales al sur sitiando el castillo de Rochester, que ya había sufrido el famoso sitio de los barones contra el rey Juan en 1215 (todavía se pueden ver los efectos en la torre de la esquina sudeste, la única torre redonda existente, que reemplazó a la torre cuadrada original destruida por las minas en 1215).



Arriba: los reyes ingleses tenían en calidad de feudo todos sus territorios franceses. Aquí el rey Eduardo de Inglaterra rinde homenaje a Felipe VI ante la corte por Aquitania. (Manuscrito Real de la Biblioteca Británica, 20.C.VII fol.72v.)

A la derecha: un grupo de caballeros de un manuscrito de h. 1250-60. El rey que aparece en primer plano lleva unas defensas metálicas que protegen sus piernas desde las rodillas hasta las espinillas, pero la armadura debajo de su sobretodo es un jubón de malla. Los elevados hombros de los sobretodos indican una protección de cuero endurecido (*cuirie*). Parece que ambos reyes fueran zurdos, pero esto es probablemente una licencia del artista. (Reproducido con permiso del director y los miembros del Trinity College, Cambridge, Manuscrito R.16.2, f.23r)



Al principio el rey y De Montfort eran íntimos amigos, pero se pelearon en varias ocasiones y se convirtieron en rivales. (Beagle)



Las fuerzas reales no querían arriesgar un avance contra Londres, que habría resultado conveniente a Simón, y la primera batalla tuvo lugar en Lewes (Sussex) el 14 de mayo. El tamaño de las fuerzas reales duplicaba el de las tropas de Simón, pero éstas tenían la ventaja de contar con un comandante de primera clase, mientras que la estrategia de Enrique ("desorientada" fue el veredicto de un historiador militar) resulta difícil de entender. Desplazándose de noche, Simón pudo ocupar un terreno elevado en los Downs (complejo de colinas de marga), dominando la ciudad por el oeste, la única dirección por donde Lewes no estaba protegida por obstáculos naturales, sin que sus adversarios advirtieran su presencia. Tenían a un sólo hombre de centinela, el cual, tras un día entero de servicio sin ser relevado, estaba dormitando bajo un arbusto. Cuando despertó descubrió que le habían hecho prisionero.

El ejército de los barones en los Downs estaba ordenado para el combate en tres divisiones (o "batallas") de frente, probablemente con los hombres de armas delante y la infantería detrás. Tenían unas pequeñas cruces blancas cosidas en sus pechos y espaldas para identificarse. Los londinenses, junto con un cuerpo de caballeros, estaban en el ala izquierda o norte. Una cuarta división, la de reserva, dirigida por Simón, estaba situada detrás del centro. Hasta que no empezaron

a avanzar bajando la pendiente, los monárquicos no advirtieron su presencia, y apenas tuvieron tiempo de agruparse y avanzar para enfrentare con ellos fuera de la ciudad.

Los monárquicos también estaban ordenados en tres divisiones, pero habían dejado a la cuarta guarneciendo la ciudad de Tunbridge, que habían tomado poco antes. Eso dejaba al rey Enrique sin división de reserva. El ala derecha monárquica estaba bajo el mando del príncipe Eduardo, el centro bajo el hermano de Enrique, Ricardo de Cornualles, que había hecho una cruzada con Simón de Montfort, y comprendía al príncipe Edmundo y a tres importantes nobles anglo-escoceses: Bruce, Baliol y Comyn. El rey estaba en el ala izquierda con, entre otros, el conde de Hereford, cuyo hijo mayor estaba en el ejército de Simón. Aunque todas las fuentes coinciden en que el ejército real era mucho más numeroso, tal vez el doble de grande que el de los barones, y con una mayor proporción de caballeros, las cifras mismas citadas son tan variables como poco fiables.

Los ejércitos chocaron, más o menos de frente, a sólo unos pocos cientos de metros de la ciudad. Los londinenses del ala izquierda nobiliaria, con menos terreno que cubrir, fueron los primeros en hacerlo, pero enseguida fueron dispersados por la furiosa carga del príncipe Eduardo.

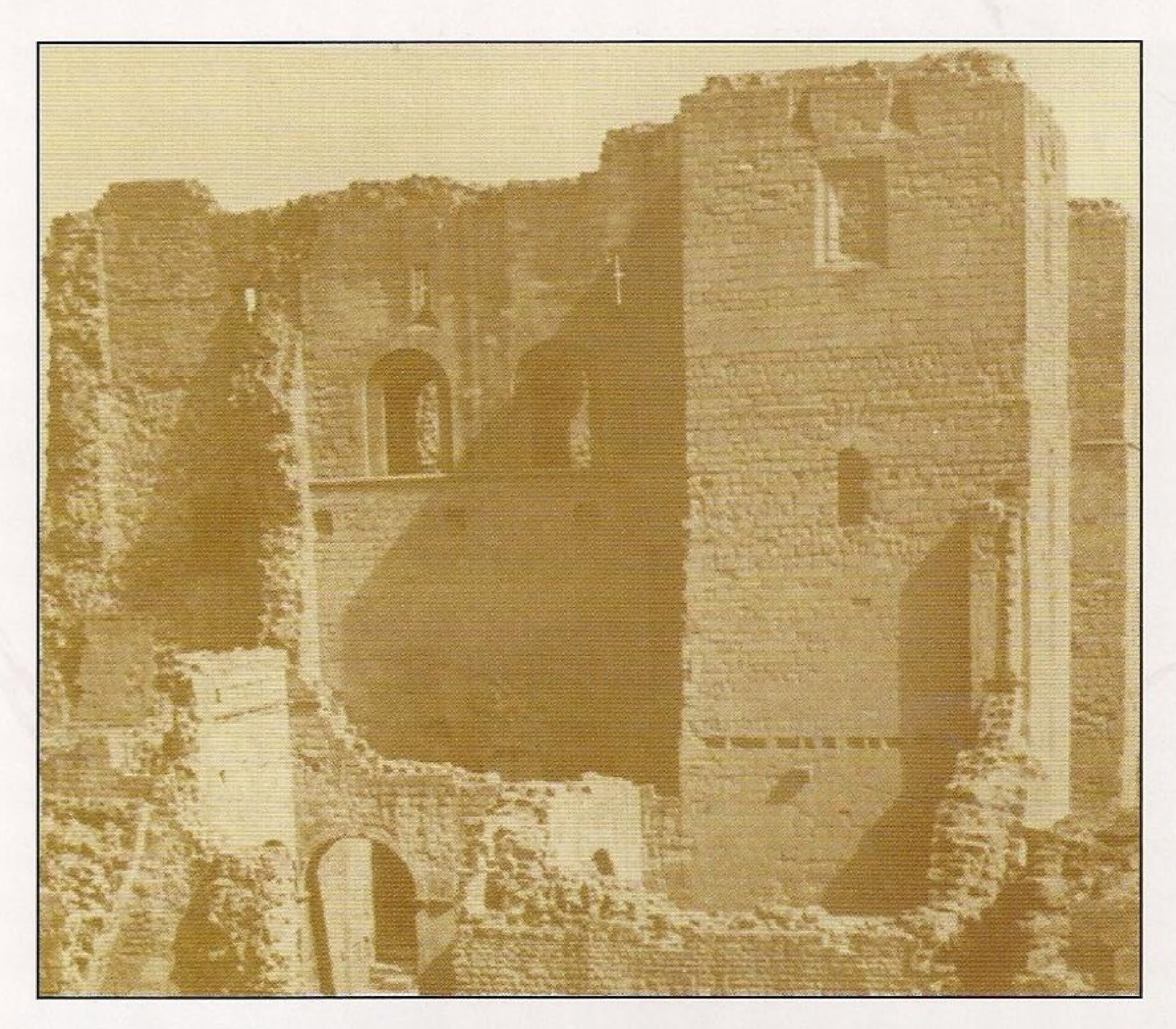
Eduardo les tenía una aversión particular a los londinenses, que un año antes habían insultado públicamente a su madre, y emprendió una persecución implacable, desapareciendo a lo lejos con sus fuerzas. Tras recorrer unos cinco kilómetros y matar a muchos de los londinenses en retirada, mandó hacer un alto. Reagrupó a sus hombres para volver al combate y divisó entonces la bandera y el carro de guerra de Simón, dejado en la colina con una pequeña guardia y unos pocos prisioneros monárquicos. Creyendo que Simón estaba dentro, atacaron. La diminuta guardia nobiliaria opuso una furiosa resistencia, pero fue aniquilada. Entonces descubrieron que Simón no se encontraba allí y que casi todas sus víctimas eran de su propio bando. Para cuando regresaron a la batalla, ya era demasiado tarde. Eduardo cometió un raro error táctico, dejándose dominar por la ira.

Las fuerzas del conde Simón obtuvieron una victoria total sobre el grueso del ejército monárquico. Gilbert de Clar, octavo conde de Gloucester, al mando del centro nobiliario, había roto las líneas de Ricardo de Cornualles, haciendo prisioneros a muchos dirigentes y obligando a Ricardo a refugiarse en un molino de viento mientras sus hombres pasaban huyendo delante de él. Los acontecimientos no están del todo claros pero parece ser que cuando el centro monárquico se dispersó, Simón lanzó a la reserva contra el otro ala, que también se dispersó. El caballo del rey cayó muerto pero él y sus seguidores más cercanos se refugiaron en un priorato. Otros, más al sur, quedaron atrapados en un terreno pantanoso (desecado desde entonces) al sur de Lewes cuando estaba cubierto por la marea entrante. Algunos fueron encontrados ahogados al día siguiente, todavía sentados en su caballos muertos, cuyos cascos estaban profundamente anclados en el lodo.

El victorioso príncipe Eduardo volvió para encontrarse con el grueso del ejército monárquico dispersado, aparte de los que se habían refugiado en la ciudad o el priorato. Casi todas su tropas, incluidos los Lusignan, se marcharon cuando vieron cómo estaban las cosas, pero Eduardo, con los que se quedaron, luchó para abrirse paso entre los sitiadores y entró en el priorato para reunirse con su



Dibujo de una efigie de un caballero inglés (h. 1250-60) en la Temple Church de Londres. Lleva un ajustado gorro protector sobre su malla, con un rodete para sostener un yelmo.



El rey dio el castillo de Kenilworth a De Montfort, que lo convirtió en una fortaleza prácticamente inexpugnable. Resistió un sitio de seis meses después de la batalla de Evesham y no se rindió hasta diciembre de 1266. Ahora está en ruinas. (Beagle)

padre. Su situación era claramente desesperada, y el rey Enrique intentó llegar a un acuerdo. En el "Dictamen de Lewes", Enrique se rindió, acordando aceptar las Provisiones de Oxford y entregando al príncipe Eduardo, el príncipe de Gales, como rehén.

En total, hubo probablemente entre 2.000 y 3.000 víctimas, una cifra relativamente baja para una batalla medieval. En Lewes, el número de prisioneros fue muy superior al número de bajas. La batalla tuvo otras características poco habituales. Fue mayormente una batalla de caballería (aunque la ganó el bando que menos caballería tenía). Todavía no hay indicios de la superioridad de la infantería debidamente organizada contra la caballería que caracterizaría las batallas del siglo siguiente. Al parecer la infantería en general desempeñó su tradicional papel secundario, y aparte de una referencia a las ballestas, no se menciona la participación de los arqueros, aunque seguramente las fuerzas de los barones incluían algunos arqueros galeses.

La batalla de Evesham (4 de agosto de 1265)

La victoria obtenida no resolvió muchos problemas. El conde Simón, que algunos sospechaban que aspiraba al trono, adquirió poderes soberanos en todo exceptuando el título. El rey era prácticamente el siervo de un consejo cuyos miembros eran nombrados por un triunvirato formado por el conde Simón y sus aliados más cercanos, el joven conde de Gloucester y el obispo de Chichester. Los cargos judiciales y administrativos fueron ocupados por sus amigos o clientes, pero incluso los aliados de Simón se quejaban de que era imperioso y dictatorial, y Gloucester se sentía frustrado por la frecuencia con que sus opiniones eran rechazadas y sus órdenes canceladas por el anciano conde de Leicester. Por otra parte, aunque el parlamento convocado en 1265 era un parlamento lleno de partidarios, contenía representantes de las ciudades, un precedente importante aún cuando su presencia no tenía nada que ver con un deseo de un gobierno más representativo.

Aunque se dice que Simón era personalmente impopular, la principal oposición a su gobierno no era "popular" sino señorial. Los poderosos nobles de la región fronteriza de Gales estaban especialmente resentidos contra él por su alianza con Llywelyn ap Gruffydd, "LLywelyn el Último", príncipe de Gales, que se casó con la hija de Simón y amplió su territorio a expensas de ellos.

La paz todavía parecía estar lejos, seguía sin haber un buen gobierno, y había un resentimiento general contra el trato dispensado al rey, mantenido a media ración y en gran parte ignorado, y a su hijo Eduardo. El príncipe, que tenía todas las cualidades necesarias para una monarquía medieval, de las que Enrique carecía, se había rendido en Lewes para evitar un inútil baño de sangre sólo para quedar

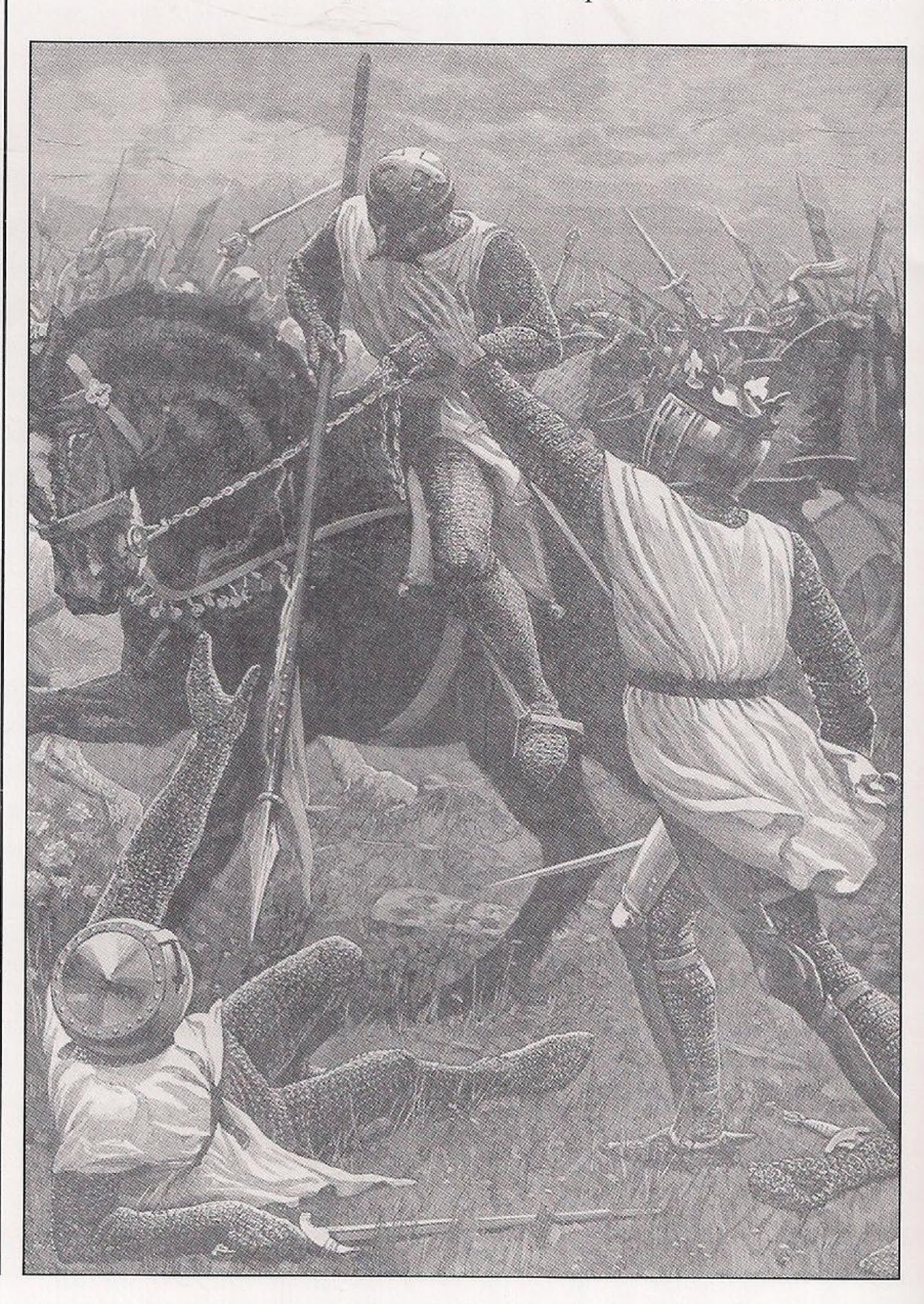


La batalla de Lewes, 14 de mayo de 1264. El príncipe Eduardo dirige la carga contra los londinenses, que llevan la cruz blanca confeccionada apresuradamente para distinguirlos como partidarios de Simón de Montfort. La persecución excesivamente entusiasta de Eduardo fue uno de los factores responsables de la derrota de los monárquicos.

privado de su condado de Chester y severamente confinado. Por desafortunado contraste, los hijos de Simón ofendían con su forma de darse importancia.

Sin embargo, fue un grave error dejar que el príncipe Eduardo se escapara. Se unió al antiguo colega de Simón, el decepcionado Gloucester, y reclutó rápidamente un ejército que tomó todos los vados del río Severn. Su contingente aumentó después con los monárquicos de Francia al mando de Guillermo de Valence, que desembarcaron en Pembroke. El conde Simón se encontraba entonces en Hereford, y fue aislado de sus fuerzas en Londres y la región central de Inglaterra. En la región fronteriza de Gales, la hostilidad de los nobles sólo le permitió reclutar un cuerpo simbólico. No obstante, sus aliados en Inglaterra consiguieron reclutar un ejército más importante dirigido por su hijo el conde de Oxford, también llamado Simón.

El príncipe Eduardo, demostrando, como en otras ocasiones, un gran dominio de la maniobra táctica, retrocedió y detuvo estas fuerzas en Kenilworth el 1 de agosto, cogiéndolas desprevenidas y dispersándolas. Mientras tanto, el conde Simón pudo al fin cruzar el Se-



El rey Enrique fue capturado en Lewes y hecho prisionero por los barones rebeldes, pero fue rescatado en la batalla de Evesham. (Beagle)



El cuerpo desmembrado de Simón de Montfort en una horrible iluminación contemporánea. "Que Dios se apiade de nuestras almas, pues nuestros cuerpos son de ellos", gritó.

vern, pero el ejército que esperaba encontrar había desparecido. Ignoraba lo ocurrido en Kenilworth, y cuando vio acercarse a lo lejos el ejército de Eduardo con las banderas de Monfort capturadas en Kenilworth, creyó por un momento que eran las fuerzas de su hijo.

Recibió su justo castigo en Evesham, justo como Eduardo había planeado, sabiendo que allí sólo existía una salida, cruzando el Avon, y que podía ser cortada. Simón estaba atrapado. La mayoría de sus reclutas galeses desertó, y fue superado en número en una proporción de por lo menos cinco a uno. Cuando vio a sus enemigos acercándose, dijo a su valeroso pequeño ejército: "Que Dios se apiade de nuestras almas, pues nuestros cuerpos son de ellos". Luchó valientemente, esperando todavía que llegara su hijo, hasta que murió, él y prácticamente todos sus hombres. Su cuerpo fue despedazado a la manera habitual, salvaje y repugnante.

Simón de Montfort carecía de mano con el pueblo, aunque fue más popular entre la gente corriente de lo que se podría pensar. Su tumba en Evesham no tardó en convertirse en un lugar de peregrinación. Decían que allí ocurrían milagros.

La caída de Kenilworth

La muerte de Simón de Montfort no fue realmente el fin a la guerra de los barones. Sus habilidades militares quedaron demostradas después de su muerte, cuando sus partidarios supervivientes se refugiaron en el castillo de Kenilwoth. Las fortificaciones habían sido mejoradas y perfeccionadas por Simón hasta tal punto que el castillo era casi inexpugnable. Los últimos montfortianos pudieron resistir un largo asedio, rindiéndose finalmente en condiciones honrosas.

Naturalmente, hubo discrepancias entre los vencedores. El conde de Gloucester volvió al redil monárquico, no porque hubiera cambiado de opinión sobre el gobierno reformador sino porque riñó personalmente con Simón. Usó su influencia para proteger a los seguidores de Simón de una dura venganza, y el Dictámen de Kenilworth (1266) concedió a casi todos ellos la amnistía y la restitución, mediante el pago de una multa, de sus propiedades confiscadas. A primeros de 1267 Gloucester efectuó una demostración algo amenazadora a favor de las Provisiones de Oxford, y más tarde, ese mismo año, el Estatuto de Malborouh estableció una constitución que incorporaba la mayor parte de las Provisiones.

El rey Enrique, rescatado por los hombres del príncipe Eduardo en Evesham (aunque herido en el proceso), reinó durante siete años más, pero ya no sólo era incompetente, también estaba debilitado por la edad y la mala fortuna, y el gobierno fue dirigido por experimentados y fiables funcionarios bajo la dominante vigilancia del futuro Eduardo I.